

CONSUELO VANDERBILT BALSAN

LA *D*UQUESA
de
MARLBOROUGH

Una rica heredera
americana en los salones de
la aristocracia inglesa
de principios del siglo xx



CUADERNOS DE MEMORIA

AGUILAR

CONSUELO VANDERBILT BALSAN

LA *D*UQUESA
de
MARLBOROUGH

Una rica heredera
americana en los salones de
la aristocracia inglesa
de principios del siglo xx

AGUILAR

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[Introducción](#)

[1. El mundo de mi juventud](#)

[2. Una debutante en la década de 1890](#)

[3. Un matrimonio de conveniencia](#)

[4. Señora del palacio de Blenheim](#)

[5. Alfombra roja y protocolo](#)

[6. La reina ha muerto, ¡viva el rey!](#)

[7. Acta de separación](#)

[8. Se abre una nueva vida](#)

[9. Un matrimonio por amor](#)

[10. Lou Sueil: amigos y vecinos](#)

[11. Saint Georges-Motel: veranos tranquilos](#)

[12. Un rincón de Francia, 1940](#)

[Notas](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

A Jacques

«Hit is not al gold that glareth».
Chaucer, *The House of Fame*, I, 272

«All that glisters is not gold».
Shakespeare, *Merchant of Venice*, Act II, Scene 7

«All, as they say, that glitters is not gold».
Dryden, *The Hind and the Panther*^[1]

Prólogo

Consuelo Vanderbilt Balsan ejerció una enorme influencia en mi vida. Mis primeros recuerdos fueron los de la Casa Alva en Lantana, Florida, donde casi todos los inviernos pasaba las vacaciones escolares. Era la casa que la abuela y Jacques Balsan habían comprado después de la guerra.

Consuelo (o La Abuela, como la llamábamos) nació en 1877 y era la primogénita de una madre con una gran ambición social y un padre fabulosamente rico de carácter amable e indulgente.

Los primeros años de su vida hubieran sido insoportables para las generaciones posteriores. Era una vida sumamente estricta. Si no se mantenía suficientemente erguida, la obligaban a llevar una barra de acero que le bajaba por la columna e iba atada con una correa a los hombros y la cintura. A los 18 años sus padres la llevaron a hacer un gran crucero en su yate, el *Alva*, en el que visitaron Europa, Rusia y la India. Mientras disfrutaba de los lugares de interés con su hermano Willie, más joven que ella, la madre, Alva, planeaba su futuro. Se había empeñado en que su hija se casara con un inglés. En esa época Consuelo estaba enamorada de un pretendiente de Newport, en América, pero su madre tenía otras ideas. Alva decidió que el duque de Marlborough cumplía los requisitos y, como él estaba buscando una rica heredera americana, a todos les pareció un buen arreglo, a todos excepto a Consuelo, naturalmente.

Habiéndose decidido por un duque inglés, Alva comenzó a organizar el enlace con gran sufrimiento para Consuelo.

Consuelo se casó con su duque y se mudó al palacio de Blenheim, donde se encontraba extremadamente sola y todo le parecía extraño. Tuvo dos hijos muy seguidos, John e Ivor, pero el matrimonio no era feliz y pronto ambos busca-

ron compañía en otros lugares. Consuelo estuvo a punto de provocar un escándalo, determinada como estaba a huir con su amante, pero Winston Churchill, su aliado e íntimo amigo suyo (y primo hermano de su marido), intervino y la persuadió de que no hiciera algo así. Winston consiguió el apoyo del padre de ella, que organizó una separación ordenada y le construyó una casa en Londres.

En esta nueva fase de su vida se metió de lleno en el trabajo público, fue elegida al ayuntamiento del condado de Londres y se hizo sufragista.

Con el tiempo obtuvo el divorcio y pudo casarse con el amor de su vida, un aviador francés encantador que al parecer se había fijado en ella muchos años antes, cuando estaba de viaje por París, y le había dicho a su propia madre que se iba a casar con ella. Se mudaron a Francia, recibían a las visitas magníficamente y cultivaron la amistad de pintores y escritores, estableciendo una escuela en la propiedad que tenían cerca de París, en Saint Georges-Motel. También compraron una casa espectacular en el sur de Francia, en Eze. Se las arreglaron, no sin grandes dificultades, para escapar de Francia tras la invasión alemana y volvieron a instalarse en Estados Unidos.

Los dos nos mimaban mucho a mis hermanas y a mí. Jacques nos llevaba regularmente a Mimi y a mí a Le Pavillion para almorzar y el famoso chef Henri Soule nos hacía suflé de manzana. La Abuela siempre iba muy arreglada y vestía maravillosamente bien, y además se aseguraba de que nosotras también fuéramos bien vestidas. Nos incluía en muchos de sus almuerzos con adultos, donde nos hacía sentarnos con la espalda muy recta y hablar con famosos hombres del mundo de los negocios, las letras y la política, ataviadas con vestidos de organdí cuyo tejido picaba. Debe de haber sido muy raro (y mortalmente aburrido) para ellos.

La Abuela siempre tuvo una actitud positiva y era muy activa, con frecuencia remodelaba sus casas y, de hecho, la nuestra en Southampton. Se mantenía joven gracias a la curiosidad y al interés que tenía por todas las novedades. Si estuviera viva hoy día, estoy segura de que tendría conoci-

mientos de informática. La tecnología moderna le hubiera parecido fascinante. Es posible que su sordera la frenara con los teléfonos móviles, pero hubiera cogido el hábito de enviar mensajes de texto, algo que les hubiera resultado fácil a sus manos, siempre con una manicura perfecta. Vivió los extraordinarios acontecimientos y cambios del siglo XX con equilibrio y entusiasmo. Nunca la oí quejarse. Jamás se mostró negativa ni enfadada. Sabía cómo divertirse y se las arregló para vivir su vida con gran dignidad y elegancia. Llevó la alegría a muchas personas, y toda la familia la adoraba y la respetaba.

SERENA RUSSELL BALFOUR, 2011

Introducción

Mis amigos me han dicho a menudo que debía escribir mi historia y describir el mundo de mi juventud, tan diferente del de hoy en día. No tengo diarios que me sirvan de ayuda, sólo unas exiguas notas sobre las actividades sociales en las que participé, recortes de prensa de acontecimientos documentados. Pero en la memoria llevo grabados los retratos de mis amigos, que se destacan como las figuras de un cuadro de El Veronés, brillantes y festivas, contra fondos de espacios y colores donde los placeres arquitectónicos y la cortesía añaden belleza al gusto por la vida.

Volviendo la vista atrás a 1895, cuando me casé con el noveno duque de Marlborough y me fui a vivir a Inglaterra, recuerdo una sociedad cuyas convenciones estaban más cerca del siglo XVIII que del XX. La época de la reina Victoria estaba llegando a su fin, pero aquellos que como yo misma fuimos testigos del espléndido desfile organizado con motivo del sexagésimo aniversario de su subida al trono no podíamos prever que su muerte supusiera el fin de una etapa. Quedamos ya pocos que podamos recordar el mundo con su total aceptación de los privilegios aristocráticos, y aún quedan menos para quienes tales anacronismos sigan estando justificados. Incluso entonces, si bien en voz baja, se podían escuchar dudas acerca de su legitimidad. De modo que ¿puede sorprenderle a alguien que a una muchacha americana con opiniones democráticas le resultara difícil aceptar la idea de que la cuna por sí sola confiere superioridad? ¿No es natural que cuando mi matrimonio se fue a pique y pude llevar mi vida en la relativa libertad que garantiza una separación legal, influida por las doctrinas más liberales del siglo XX y siguiendo la tradición inglesa, buscara una mayor utilidad en el servicio social?

Años después, cuando el divorcio me dio libertad completa, encontré la felicidad en mi matrimonio con Jacques Balsan. Al escribir sobre aquellos años recuerdo los hogares que creamos juntos, las amables personas entre las que vivíamos, el país que adoraba. Y ahora, de vuelta en mi tierra natal, tras obtener de nuevo una ciudadanía a la que jamás hubiera renunciado si las leyes de mi época me hubieran permitido conservarla, miro en retrospectiva a una larga vida bajo tres banderas. He sido testigo de las escenas descritas; las impresiones grabadas son fiel reflejo de su época. No puedo contar otra historia sino la mía propia. Espero que pueda interesar a mis lectores.

Sin el apoyo constante de mis amigos me hubiera sido difícil llevar este trabajo a término. Entre ellos me gustaría mostrar particularmente mi gratitud al señor Henry May por ayudarme a esbozar el plan original del libro. También doy las gracias al actual duque de Wellington por refrescar mis recuerdos de un baile en Apsley House; asimismo, estoy muy agradecida al señor Stuart Preston por su minucioso escrutinio de las pruebas de imprenta. Mi agradecimiento final es para la señorita Mae Lovey, que se ha encargado de la pesada tarea de escribir a máquina el libro y de hacer un seguimiento de las numerosas correcciones sucesivas del manuscrito.

CONSUELO VANDERBILT BALSAN, 1953

1

El mundo de mi juventud

Al intentar recordar los acontecimientos que han influido en mi vida me resulta humillante descubrir que recuerdo muy poco de mi niñez. Viendo jugar a mi bisnieta, Serena Russell, tan segura de sí misma con sólo 3 años, me pregunto si cuando llegue a mi edad también se habrá olvidado de lo que ahora le parece importante. El hecho de que ambas estemos en América —ella es la hija de mi nieta, Sarah Spencer-Churchill, que se casó con un americano, y yo, la esposa de un francés— se debe a la Segunda Guerra Mundial y a acontecimientos poco previsibles a finales de siglo, cuando dejé mi país natal.

Los recuerdos de mí misma a la edad de Serena me traen a la memoria un cuadro de Carolus Duran que representa una niña delante de una gran cortina roja. Lleva un vestido de terciopelo rojo con escote cuadrado adornado con encaje veneciano. Una nube de pelo oscuro rodea la pequeña cara ovalada desde donde unos enormes ojos negros (mucho más grandes de lo que eran en realidad) miran desde debajo de las arqueadas cejas. La naricilla respingona y los hoyuelos acentúan la pícara sonrisa. En esa pequeña figura que agarra con fuerza un ramo de rosas en cada puño hay algo vital y perturbador. «¡Eras *un vrai petit diable*, y sólo te quedabas quieta cuando me ponía a tocar el órgano en mi estudio!», exclamó Carolus Duran cuando volvió a pintarme, esta vez a los 17 años. El segundo retrato fue muy distinto del primero, porque la cortina roja que se había convertido en su fondo tradicional se sustituyó, a petición de mi madre, por un paisaje clásico al estilo de la pintura inglesa del siglo XVIII, y aparezco como una figura alta vestida

de blanco que desciende por un tramo de escaleras. Porque mi madre, que siguiendo una corriente no infrecuente en la época había decidido casarme con el hombre que de hecho se convirtió en mi marido o con el primo de éste — generosamente me permitía una selección de alternativas —, deseaba que mi retrato fuera comparable a los de las duquesas precedentes que habían sido pintadas por Gainsborough, Reynolds, Romney y Lawrence. Siguiendo esa línea de elegancia y orgullo, todavía estoy encima de la repisa de la chimenea de uno de los salones del palacio de Blenheim, exhibiendo una mirada remota y un poco desdeñosa, como si mi pensamiento estuviera muy lejos.

Fue una gran suerte que mi tía Florence Twonbly, que ahora tiene 98 años, pudiera recordar no sólo la calle sino también el número de la casa donde nací, porque mi nacimiento no se registró nunca oficialmente. Esta información fue necesaria cuando volví a adoptar la ciudadanía americana tras el armisticio francés en la Segunda Guerra Mundial. Fue en una de esas feas casas adosadas de piedra rojiza del Midtown, que por aquel entonces era el distrito de moda de Nueva York, donde vi por primera vez la luz del día.

La familia de mi padre era holandesa y procedía de Bilt, ese lugar del norte de Holanda de donde viene nuestro apellido. Fue alrededor del año 1650 cuando el primer miembro de la familia llegó a los Nuevos Países Bajos y las generaciones sucesivas vivieron en las inmediaciones de Nueva Amsterdam, como se llamaba entonces a la ciudad de Nueva York. En la primera parte del siglo XIX mi bisabuelo, Cornelius Vanderbilt, puso los cimientos de la fortuna familiar, se trasladó de New Dorp, Staten Island, a Nueva York, y cambió nuestro apellido, de Van der Bilt a su versión americana. Hace unos años conocí a un profesor apellidado Van der Bilt que enseñaba en una universidad holandesa. Me dijo que sólo había una familia con nuestro apellido en Holanda y que al examinar los archivos de su familia se había convencido de que las ramas holandesa y americana descendían de un ancestro común. En el *Patriciat*, un libro

que es el equivalente holandés del *British Landed Gentry*, el profesor señaló nuestro escudo nobiliario, las tres bellotas, y los nombres de Gertrude, Cornelius y William, que aparecen reiteradamente en nuestra Biblia familiar.

Al considerar sus numerosos regalos filantrópicos, mi abuelo, William H. Vanderbilt, tuvo una inmerecida reputación de ser indiferente al bienestar de los demás. Como suele suceder, esa reputación se basaba en un comentario sacado de contexto. Ésta es la versión de la historia del «que le parta un rayo al público» que me dio un amigo de la familia: el señor Vanderbilt estaba en un viaje de negocios y, después de un largo y arduo día, se había ido a su coche privado para descansar. Llegó entonces un tropel de reporteros que pedían subir al coche para hacerle una entrevista. El señor Vanderbilt envió un mensaje donde decía que estaba cansado y no deseaba dar ninguna entrevista, pero que recibiría a un representante de la prensa durante unos minutos. Llegó un joven diciendo: «¡Señor Vanderbilt, su público *demand*a una entrevista!», lo que hizo reír al señor Vanderbilt, que respondió: «Que le parta un rayo a *mi* público». El joven se marchó a su debido tiempo y a la mañana siguiente su artículo apareció en el periódico con un gran titular que decía: «Vanderbilt dice: "Que le parta un rayo al público"». Que no era tan malvado como se le pintaba me lo confirma un primo a quien mi abuela le dijo después de que su marido hubiera fallecido: «Tu abuelo jamás me dijo una sola palabra áspera en todos los años que estuvimos casados».

En *The House of Vanderbilt*^[2], de Frank Crownshield, encuentro una referencia a mi abuela en la que dice: «Fue una mujer fascinante que crio a sus hijos para que fueran personas de gran gusto y refinamiento. Su nombre de soltera era Maria Louisa Kissam, hija de un clérigo de la Iglesia Holandesa Reformada. Los Kissam eran una familia antigua y distinguida, el padre de la señora Vanderbilt descendía de Benjamin Kissam que, en 1786, se casó con Cornelia Roosevelt, hija del patriarca Isaac y tatarabuelo del presidente». De los ocho hijos de mi abuela, mi padre, W.

K., como lo conocían sus amigos, fue el segundo hijo varón. Recuerdo muy bien a mi abuela y nuestras visitas a su gran casa de la Quinta Avenida, justo enfrente de la catedral de Saint Patrick, donde vivía. Era una abuela adorable, dulce y gentil, como deben ser las abuelas. Todos sus nietos, creo que éramos veintiséis, la adorábamos. Tras la muerte de mi abuelo en 1885, vivía sola con su hijo menor, George. El tío George era muy distinto del resto de los tíos y de las tías. Con ojos y pelo oscuros podría haber sido español. Tenía un rostro delgado y sensible, y gustos artísticos y literarios. Después de la muerte de mi abuela en 1896 creó Biltmore, una hacienda situada en Carolina del Norte donde construyó casas modelo y promovió las industrias locales.

El hermano mayor de mi padre, el tío Corneil, como lo llamábamos nosotros, era una persona seria y adusta, o al menos eso creíamos. No era tan jovial como mi padre y el tío Fred. De mis cuatro tías la que más me gustaba era mi tía Emily Sloane, porque al igual que mi padre era de carácter alegre y tenía esa apariencia de gozosa expectación que se adivina en las caras de los que aman la vida. Mi tía Florence y ella siempre iban perfectamente vestidas y con sus figuras esbeltas y su discreta distinción me recordaban a las encantadoras y remilgadas damas de Jane Austen. Poco antes de su muerte fui a ver a la tía Emily. Estaba sentada frente a una ventana que daba a Central Park. Me dio la impresión de que los días se le debían de hacer muy largos, ahora que estaba viuda y que el juego del bridge que tanto le gustaba ya no era posible puesto que le fallaba la memoria. Pero, cuando me compadecí de ella, entrelazó las manos y respondió con una suave sonrisa: «Tengo unos pensamientos preciosos que me hacen compañía», y cuando me alejaba sigilosamente, por temor a molestarla, la oí murmurar como si conversara con los fantasmas del pasado. Llegó a cumplir más de 90 años. En su funeral el rector de Saint Bartholomew, en Nueva York, rindió un bien merecido homenaje a su adorable carácter y a sus generosas obras de caridad.

Mi abuelo materno, Murray Forbes Smith, descendía de los Stirling, y los nombres de pila de mi madre, Alva Erskine, son nombres de Stirling. La tradición escocesa de las familias numerosas se confirma en dos grupos de Stirling residentes en América. Esta prolífica familia se extendió desde Virginia a otros estados más al sur y produjo varios gobernadores y personas de importancia. Todo esto acentuó en mi madre el orgullo de su nacimiento sureño y un cierto desdén por el espíritu mercenario del norte. Su padre, que poseía plantaciones cerca de Mobile, se arruinó con la liberación de los esclavos y, tras la guerra de Secesión, se trasladó a París. Allí hizo su debut la hermana mayor de mi madre en uno de los últimos bailes que Napoleón III dio en las Tullerías. Mi madre y yo solíamos atribuir nuestro amor por Francia a un ancestro hugonote que escapó a América después de la revocación del Edicto de Nantes. De hecho, éramos más felices en Francia que en ningún otro país y, siguiendo el ejemplo de una tía y una tía abuela, ambas volvíamos a vivir allí.

La razón por la que mis padres se casaron sigue siendo para mí un misterio. Los dos eran inteligentes y encantadores, pero totalmente inadecuados el uno para el otro. Mi padre, aunque estaba muy enfrascado en sus intereses comerciales, encontraba que la vida era una aventura feliz. Su carácter dulce odiaba los conflictos. Todavía me duele cuando pienso en los crueles mensajes de los que fui portadora cuando, en los meses precedentes a su ruptura, mi madre ya no quería hablar con él. Ya no recuerdo el contenido de aquellos mensajes, creo que tenían que ver con el divorcio que ella deseaba y con sus deseos y órdenes con respecto a la custodia de los hijos y los planes para el futuro. El carácter de mi padre era generoso y desinteresado; le complacía ver feliz a la gente y disfrutaba de sus hijos y de sus amigos, pero mi madre, por razones que no puedo sino atribuir a una ambición desatada, se oponía a esta actitud despreocupada con toda la energía de su fuerte personalidad. Su carácter combativo se regocijaba de las conquistas: le encantaba la lucha. Dictadora nata, dominaba lo que le